

El fin de la metafísica como ciencia en la Teoría del Conocimiento Kantiano

The end of metaphysics as a science in the Kantian Theory of Knowledge

Dr. José Rafael Abreu Fuentes

Dr. en Ciencias de la Educación. Fundación universitaria Dr. José Abreu.
Cumaná, Estado Sucre, Venezuela. <https://orcid.org/0000-0002-0495-2805>
srjos2021@gmail.com

Fecha de Recepción: 16/11/2023

Fecha de Aceptación: 12/12/2023

Resumen

La Edad Moderna fue una etapa crucial para el desarrollo del conocimiento científico y la teoría del conocimiento. Ello como resultado del desencanto surgido con el derrumbe de una epistemología teológica de varios siglos que al final demostró su unanimidad, excepto el control de las mayorías. Emmanuel Kant viene a ser el nudo gordiano de entonces, al tratar de conciliar el racionalismo con el empirismo, después de develar el error de cada uno: los racionalistas parecen desprendidos del mundo real y concentrados en la pura matemática; los empiristas parecen ensimismados con la Naturaleza y no se percatan de que es la razón la que puede poner orden en el caos de los fenómenos. Kant cree que se necesita de ambos, y que sólo se requiere explicar cómo es que se forma ese matrimonio entre lo idea y lo real. En ese trayecto se percata de que la Metafísica se mantiene en el medio, indecisa, vacilante, y sin claridad respecto a sus pretensiones de Ciencia. Concluye que no es posible porque se basa por lo general en razonamientos sofisticados, paralogismos, antinomias y contradicciones que no terminan en nada convincente ni de los que afirman la existencia de los seres transfísicos ni de quienes los niegan. Ambos tienen que recurrir a falacias para vencer al contrario. Pero Kant se percata también de que la Metafísica parece haber acompañado al hombre durante siglos, y que no parece que pueda cesar o dejar de seducirlo en los siglos venideros, por diversas causas entre las que se pueden mencionar el temor a lo desconocido, el misterio, la ignorancia, falta de rigor científico o lógico. Por razones pedagógicas, más que anti-teológicas, abordamos el tema de la metafísica y la crítica kantiana que resulta ser definitiva, aunque todavía sus efluvios se esparzan por la vida contemporánea.

Palabras claves: *Metafísica, conocimiento, crítica*

Abstract

The Modern Age was a crucial stage for the development of scientific knowledge and the theory of knowledge. This as a result of the disenchantment that arose with the collapse of a theological epistemology of several centuries that in the end demonstrated its unanimity, except for the control of the majorities. Emmanuel Kant becomes the Gordian knot of that time, trying to reconcile rationalism with empiricism, after revealing the error of each one: the rationalists seem detached from the real world and concentrated on pure mathematics;

empiricists seem absorbed in nature and do not realize that reason can bring order to the chaos of phenomena. Kant believes that both are needed, and that it is only necessary to explain how this marriage between the idea and the real is formed. In this journey, he realizes that Metaphysics remains in the middle, indecisive, hesitant, and without clarity regarding its claims to Science. He concludes that it is not possible because it is generally based on sophistic reasoning, paralogisms, antinomies and contradictions that do not end in anything convincing, neither of those who affirm the existence of transphysical beings or of those who deny them. Both have to resort to fallacies to defeat the other. But Kant also realizes that Metaphysics seems to have accompanied man for centuries, and that it does not seem that it can cease or cease to seduce him in the centuries to come, for various reasons, including the fear of the unknown, the mystery, ignorance, lack of scientific or logical rigor. For pedagogical reasons, rather than anti-theological, we approach the subject of metaphysics and the Kantian critique that turns out to be definitive, although its effluvia is still spread throughout contemporary life.

Keywords: *Metaphysics, knowledge, criticism*

Introducción

La reflexión humana sobre otros posibles mundos fantasmales, ubicados en zonas más allá de lo físico o lo que aparece ante la mirada como fenómeno no es reciente, pues data de épocas en que el hombre soñaba y creía que tales seres que se le aparecían allí eran reales. De modo que empezó creando mitos, tabúes, supersticiones para así elaborar una explicación creíble sobre lo del más allá. Este discurso fue etiquetado posteriormente como Metafísica, para dar a entender que se refiere a todo aquello que se encuentra más allá de lo físico. En verdad ninguna civilización escapó a este tipo de creencias que eran capaces de calmar el temor a fenómenos tan comunes ahora como la lluvia, el rayo, la caída de meteoritos, las crecidas de los ríos, entre otros.

Solo pocos hombres dedicados a la observación y la reflexión tranquila pudieron concentrarse en tales creencias para disiparlas y disolverlas de una vez por todas. Los griegos lo intentaron, pero no lo consiguieron totalmente, tampoco los romanos, y a la caída del imperio más bien la capacidad racional se sumió en varios siglos de metafísica tradicional ligada al Cristianismo y sus desarrollos dogmáticos basados no sólo en la Biblia sino también en la autoridad de los antiguos griegos. Pues, bien, entrados los tiempos de la Edad Moderna, en el siglo XVII, una serie de circunstancias sociales, políticas, económicas, y hasta militares, lleva a los pensadores más acuciosos a tratar de derribar el edificio metafísico que sustentaba a la pseudociencia medieval, con las reales y escasas excepciones que pudieran contarse, basada en el silogismo aristotélico y las sagradas escrituras (Rohlf, 2020).

Estos individuos son Copérnico, Galileo, Bacon, Descartes, Kant, entre otros,

que van a marcar toda una época en la cual toma cuerpo la Teoría o Filosofía del Conocimiento: la reflexión racional sobre la posibilidad, origen y límites del mismo, así como los posibles criterios para reconocer que algo es verdadero. Unos, como Bacon se inclinan por el lado de la experimentación; y otros por el de la Matemática, la Lógica Formal o algo parecido. Uno de estos pensadores notables de aquellos tiempos es Emmanuel Kant, nacido en Alemania, perfecto conocedor de los clásicos, y de los científicos del momento como Newton, a quien tanto admiraba. Lo que Kant se pregunta es cómo es posible que el entendimiento pueda ordenar el caos de la Naturaleza mediante conceptos que terminan de alguna manera por concordar o consonar con las presuntas “leyes” de la Naturaleza como bien lo demostraba Newton. Ese orden impuesto a los fenómenos no podría venir de la experiencia misma, de lo que aparece, porque sería un círculo vicioso.

A partir de allí se embarca en la búsqueda de las categorías a priori de la mente humana, que Aristóteles apenas había dejado esbozada y Descartes no las vio con claridad, pues dejó vacío a su Yo existo, y hasta necesitó la ayuda de Dios para llenarlo con el mundo exterior. Kant no sólo se percató de tales propiedades del entendimiento, sino que también nota que la Metafísica no añade nada que valga la pena ni al racionalismo ni al empirismo. Más bien recurre al primero para dar una apariencia de perfección lógica, y al segundo para sugerir a la gente, con realidades que no tienen posibilidad de ser experimentadas más que en la sensación subjetiva.

La Metafísica no es posible como ciencia, concluye Kant. A lo más será un discurso que sirva para moralizar, o justificar el deber ser, y ello no es malo del todo, con tal de que no se pretenda convertir en un saber del mismo calibre de lo científico. Sobre ese logro de Kant y sus repercusiones a corto o largo plazo será lo que trate este ensayo. No con la pretensión de acabar con la Metafísica porque ello, como decía el propio pensador que hemos mencionado, es casi imposible. No se puede porque es un aliciente, un jarabe para calmar el miedo, el temor, disputar, incrementar la autoestima de algunos, controlar a las masas, estafar, timar, o como quiera verse.

Las pretensiones de la metafísica tradicional

Immanuel Kant nació el 22 de abril de 1724 en Königsberg (Alemania), en una familia modesta, alineada con la religión pietista, que provenía del luteranismo. Realizó sus estudios en la Universidad de su ciudad, en la cual aprendió sobre

diversas ciencias y conoció la obra del físico Isaac Newton y otros racionalistas alemanes. Incursionó en ocasiones en la ciencia experimental, y como profesor dictó cursos sobre temas variados como Geografía, Metafísica, Moral, Derecho y hasta Pedagogía. Es, por tanto, uno de los representantes más notables de la Ilustración en Alemania.

El término “Ilustración” se refiere a la liberación o escapatoria del hombre de su estado de minoría de edad, o también incapacidad de emplear su propio entendimiento para conocer las cosas sin la ayuda de otros. Kant (1786/2000):

La Ilustración significa el abandono del hombre de una infancia mental de la que él mismo es culpable. Infancia es la incapacidad de usar la propia razón sin la guía de otra persona. Esta puericia es culpable cuando su causa no es la falta de inteligencia, sino la falta de decisión o de valor para pensar sin ayuda ajena. Sapere aude “¡Atrévete a saber!” He aquí la divisa de la Ilustración (p. 259).

De manera que Kant parece decir que es necesario pensar por sí mismo, siglos antes de que se planteara de nuevo en la actualidad con otras palabras. El no hacerlo, es culpa de uno mismo más que por carencia de entendimiento: es una decisión trascendental que se debe tomar. Kant cita como causas la pereza, y la cobardía, que lleva a una parte considerable de personas a quedarse con gusto como tales menores de edad a lo largo de la vida, es el miedo a la libertad, dirá más tarde Eric Fromm. Sencillamente porque es más cómodo estar así, porque averiguar las cosas, disgusta y requiere tiempo. Si tengo un libro, un mentor, pastor, guía espiritual, gurú, menor de edad, si tengo un libro sagrado, un mentor, pastor, un líder político, que piensa por todos nosotros, entonces no tengo que saber por mí mismo. Basta con que el líder nos dicte lo que tenemos que hacer, y lo demás no es sino fanatismo, dogmatismo, y credulidad. Kant se sorprendería de ver que todavía abundan esos menores.

Ahora bien, lo que se conoce como Modernidad, no es sino la etapa histórica que comprende desde siglo XVII hasta los comienzos del XX. La época estuvo marcada por Descartes (1596-1650), quien se planteó la idea de encontrar un método de hacer ciencia basado en la duda y la razón. Tal propuesta fue ampliada, desarrollada y complementada por el conocimiento durante el siglo XVIII que ubicó al razonamiento y la experiencia como los cimientos de un nuevo orden social, económico, político, científico, moral, e histórico. Entre los planteamientos más notables de este periodo se expresan, que la razón puede llegar a explicar todos los

aspectos de la vida social, ofrecer una visión integral y muy coherente del desenvolvimiento cultural, el sentido de la historia, el progreso, los adelantos técnicos y científicos; entre otros. De modo que la humanidad parece regirse por principios racionales regulares y verdades absolutas. El entusiasmo por la Ciencia lleva a considerarla como la forma de conocimiento más utilitaria e importante que tiene la humanidad. Ahora, la técnica derivada de la Ciencia permite a los modernos reforzar su poderío militar, y por ello saber es poder.

Dicho todo esto a modo de preámbulo, nos interesa entrar al problema metafísico, tal como se le plantea a Kant, diciendo que se trata básicamente de responder a la pregunta sobre la posibilidad de que la metafísica pueda llegar a ser una ciencia, un conocimiento metódico y sistemático dotado de las características notas de necesidad, objetividad y universalidad que se consideran intrínsecas a toda ciencia.

A partir de tal interrogante, la especulación general de dicho pensador busca examinar cuál es el papel de lo que él llama “razón pura”, cuáles son sus fuentes, sus límites y alcance de sus resultados, los conceptos o ideas. Recordemos, primero, que Kant dedica sus obras a responder a tres preguntas centrales que son: “¿Qué puedo conocer?”, en la Crítica de la razón pura, considerada como un punto relevante en la historia de la filosofía; “¿qué debo hacer?”, en su Crítica de la razón práctica (el tema de la ética) y La metafísica de las costumbres y “¿Qué puedo esperar?”, en la Crítica del juicio (donde investiga acerca de la estética y la teleología). Dichas tres preguntas pueden resumirse en una sola: ¿Qué es el hombre? (Kant, 1788; Jhonson, et al, 2021).

Nos centraremos en lo primero, y lo que Kant entiende por Metafísica: un saber que pretende mantenerse por encima de lo que nos dice o enseña la experiencia., y su objeto es pretender tener las respuestas a los problemas sobre la existencia de Dios, la libertad y la inmortalidad. Todo lo que hacen los metafísicos se supone destinado a tratar de establecer la realidad de estas ideas. Las necesita no porque quiera hacer ciencia, sino precisamente porque pretende pasar por encima de lo que se puede leer en el libro de la naturaleza. El metafísico intenta conocer racionalmente el ser y sus relaciones con el hombre. En ese empeño llega a construir un edificio o sistema de conceptos que se ubican más allá de la realidad de sentido común, de modo que se puede decir que son objetos trans-físicos, súper-humanos o sobrenaturales.

Kant (1771) entonces se pregunta si en general es posible eso que comúnmente se denomina Metafísica, puesto que, si es una “ciencia”, debería lograr (como las demás) algún tipo de consolidación universal o estabilidad; pero si no lo es, tiene que haber alguna causa por la que no termina nunca de enaltecerse como tal e ilusionar al entendimiento humano con algunas esperanzas que no se extinguen nunca, aunque tampoco llegan a realizarse. De modo que, se siente sorprendido por ese particular destino que acosa a la razón humana (como tal entiende lo que hay en el pensar a priori, sin necesidad de la experiencia exterior), y que la mantiene asediada con asuntos metafísicos que, por una parte, no puede rechazar por completo, porque parecen venir o surgir de su misma inquieta naturaleza, pero por otro lado, no puede resolver o contestar de modo claro y definitivo. Es ya famosa su expresión, Kant (1787/1978):

Nuestra tendencia a extender el conocimiento no reconoce límite ninguno. La ligera paloma, que siente la resistencia del aire que surca al volar libremente, podría imaginarse que volaría mucho mejor aún en un espacio vacío. De esta misma forma abandonó Platón el mundo de los sentidos, por imponer límites tan estrechos al entendimiento. (...) No se dio cuenta de que, con todos sus esfuerzos, no avanzaba nada, ya que no tenía punto de apoyo, por así decirlo, no tenía base donde sostenerse (...). (s/p).

Por supuesto, siempre la humanidad ha contado con algún tipo de Metafísica, y lo más probable es que todavía la habrá, pero precisamente, la primera y más importante de las tareas de la Filosofía, cree Kant, debería ser eliminar ya a estas alturas de una vez por todas la influencia perjudicial que producen en las personas la presunción de poder erigirse en conocimiento científico.

Para eso será necesario extinguir el origen de ese error por esa vía de la razón pura, que él entiende como el espíritu en cuanto conoce y elabora discursivamente conocimientos que se consideran ciertos. En todo caso, no elimina por completo las creencias metafísicas sino que considera que ello es posible por la vía de la intuición no racional, sino sentimental, o vivencial. Es decir por la razón práctica. El Romanticismo posterior será precisamente un intento de descifrar el misterio ontológico en lo sentimental, en la cultura, la historia y la sociedad.

Volviendo a Kant, cuyo principal tema de sus lecciones como profesor era la Metafísica, se verá que considera a la actitud irracional de la Metafísica, dada en la Teología, la Moral y la Religión, que son las disciplinas a las que corresponden las

ideas de Dios, la libertad y la inmortalidad, como ámbitos especulativos de la razón que se vale de ciertos artilugios silogísticos o verbales para tratar de demostrarlos, en lugar de recurrir a la experiencia directa de las cosas. Este es el problema tradicional al que tendrá que enfrentarse, como resultado de la crisis de confianza que se tenía en el modo en que entendían los antiguos griegos y los medievales la razón: como la demostración de cualquier inquietud intelectual mediante el silogismo aristotélico y la apelación a la autoridad de los libros.

Dicha crisis lo conduce a investigar sobre cuáles son las funciones del razonar, qué cosas podrían ponerse en duda, o rechazarse por extralimitarse en cuanto a ello. Su *Crítica de la Razón Pura* es propiamente una teoría del conocimiento que puede lograr la razón de modo discursivo y sin que se requiera la experiencia. No es que la desprecie, sino que se trata de encontrar cómo es que la razón ordena ese caos de los fenómenos, cómo los convierte en conocimientos necesarios o de validez universal.

No pude directamente de los objetos, como se creía antes, cuando también se pensaba que todo giraba alrededor de la Tierra, hasta que Copérnico cambió los papeles y consideró que más bien era la Tierra la que daba vueltas alrededor del Sol. Ahora Kant hace algo parecido al creer que es el sujeto, no el objeto, el centro de atención del conocimiento. Es dicho sujeto y las formas a priori son las que ponen orden al tropel fenoménico (Deleuze, 1977).

Por ello, plantea que sin la sensibilidad, no se podría captar ningún objeto, pero tampoco sin las formas a priori del entendimiento, ninguno podría ser pensado. Aquellos pensamientos que carecen de contenido son vacíos, y las intuiciones carentes de conceptos son ciegas. Sin embargo, dicho pensador cree que además de la sensibilidad, que facilita aprehender los objetos mediante la experiencia empírica, y del entendimiento por el cual se llega a pensarlos, contamos con la razón, que parece tener unos moldes o formas a priori (principalmente las de espacio y tiempo), que son las ideas. Estas sin la experiencia, es vacía, pero ésta sin los conceptos es ciega. Kant, I. (1787):

(...) aunque todo nuestro conocimiento empieza con la experiencia, no por eso procede todo él de la experiencia. En efecto, podría ocurrir que nuestro mismo conocimiento empírico fuera una composición de lo que recibimos mediante las impresiones y de lo que nuestra propia facultad de conocer produce (simplemente motivada por las impresiones) a partir de sí misma. En tal supuesto, no distinguiríamos esta adición respecto de dicha materia

fundamental hasta tanto que un prolongado ejercicio nos hubiese hecho fijar en ella y nos hubiese adiestrado para separarla (p.28).

Ahora, bien, el entendimiento es por lo general la facultad de juzgar o pensar que facilita unificar las apariencias por medio de reglas, mientras que la razón, es la facultad de generar unicidad en ellas, sobre la base de los principios. De modo que, la razón no se dirige ni a la experiencia ni a los objetos sino al entendimiento, para suministrarle unidad a sus conocimientos a priori mediante conceptos. Las ideas de la razón, según Kant, son tres: el alma, el mundo y Dios. La primera es la idea de la unidad absoluta del sujeto pensante; la segunda la de la unidad absoluta de la serie de los fenómenos como sistema único; y la última la de la unicidad de todas las existencias.

Además, identifica esas tres nociones con los objetos que estudian las tres disciplinas que forman la Metafísica Especial, pues corresponden a los tres grandes problemas: el de carácter psicológico, referente al alma como sujeto último del pensamiento; el cosmológico referente al mundo y el teológico que trata sobre Dios. Kant cree que ninguna de esas ideas tiene correspondencia con experiencia alguna que pueda mostrar unicidad absoluta del sujeto pensante (alma), los fenómenos (mundo) ni la de objetos posibles (Dios). No obstante, esas ideas de la razón exigen respectivamente, que pensemos todos los fenómenos de la experiencia interna asociándolos con una unidad última que sería como su sustancia, todos los fenómenos empíricos del mundo como constituyendo una sola unidad regida por las relaciones de causa a efecto, y toda la realidad como condicionada por una acción igualmente única (Dios).

Sustancia, causa, acción son las ideas de la razón que corresponde a tres de las categorías del entendimientos o de la relación. Pero no hay conocimiento posible sin el auxilio de la intuición sensible. La Metafísica formada por la indagación de esas ideas de Dios, alma o inmortalidad, mundo o libertad, se ocupa entonces de conceptos que no son tomados de la experiencia, sino que sobrepasan los límites de ésta y la razón sólo llega a inferirlos del mundo sensible. De manera que no sólo no puede haber una presunta "ciencia" de estos objetos que, por su misma naturaleza escapan a toda aprehensión sensible, sino que en un aparte al final de la Crítica de la Razón Pura a la que denomina Dialéctica trascendental, Kant muestra cómo la razón incurre en suposiciones engañosas, al pretender traspasar los límites impuestos por la posibilidad

de la experiencia (Kant, 1786).

De este modo, la Psicología racional, que trata sobre el tema del alma, aparece fundada sobre paralogismos; la Cosmología conduce a antinomias que no tienen solución, y las típicas pruebas sobre la presunta existencia de Dios no tienen valor. Cuando la razón humana intenta tales empresas termina en contradicciones, disyunciones u oposiciones, de modo que tanto la tesis como la antítesis pueden ser igualmente demostradas, y nos sumen en desafortunadas perplejidades. De hecho, todos hemos visto cómo las personas pueden llegar a discutir sobre la inmortalidad, o la existencia de Dios y demostrar tanto lo uno como lo otro, utilizando todo tipo de falacias en las que ocurren desvíos, digresiones, ataques personales, analogías imperfectas, y otros trucos retóricos formidables.

Por tanto, según Kant, la Metafísica no es posible como Ciencia, pero las ideas que de ella se derivan no son propiamente construcciones verbales artificiosas o arbitrarias; en verdad son impuestas por la naturaleza simbólica misma de la razón, cuyo singular destino es encontrarse enfrentada con asuntos que sobrepasan su poder. Es, pues, una tendencia natural del espíritu humano, inevitable, inherente a la estructura de la razón humana. Si se quiere, se puede decir que es una “abuso del lenguaje”, una extralimitación, propia de personas a las que les gusta jugar con las palabras; o simples sofistas que emplean todo tipo de triquiñuelas para vencer a sus adversarios. Tales entes metafísicos no pueden dejar de existir nunca, dirá Kant, aunque el resto de las ciencias se sumiera en tinieblas, en una destrucción arbitraria, y es inútil mostrarse indiferente ante ellos, porque a la metafísica siempre se retorna como a una enamorada con la cual se había roto.

Esta concesión kantiana que de alguna forma resucita a Dios y la metafísica como por una puerta trasera, le valdrá la crítica mordaz, la sátira de muchos pensadores posteriores, entre ellos Heine (1964):

Kant ha tomado el cielo por asalto ajusticiando a toda la guarnición. (...) La misma divinidad, privada de toda demostración ha sucumbido. Ya no hay misericordia divina, ni bondad paternalista, ni recompensa futura para las privaciones actuales (...) Y el viejo Lampe, afligido espectador de semejante catástrofe, deja caer su paraguas mientras le corren por el rostro gruesas lágrimas y sudor de angustia. Esto logra enternecer a Kant y demuestra que no solamente es un gran filósofo, sino un hombre bueno. Reflexiona y se dice allegando a partes iguales generosidad e ironía: "es

preciso que Lampe tenga un Dios, sin lo cual no puede ser feliz el pobre hombre. Así pues, quiero con toda sinceridad que nuestra razón práctica garantice la existencia de Dios (s/p).

Probablemente, por razones personales, familiares, o cualquier otra, Kant, tuvo que reconocer entonces lo legítimo de esta búsqueda natural de lo metafísico, aunque no creyera posible que esta “necesidad” cultural pudiera convertirse en una ciencia, o en una entidad dotada de un riguroso saber con su tarea metódica. Como puede verse, la refutación de la Metafísica tradicional es ya clásica, un tanto desconocida en las masas, pero constituye uno de los momentos culminantes del pensamiento occidental. Ello porque la refutación kantiana de la metafísica es definitiva, aunque todavía abundan los discutidores sistemáticos, que vemos en los debates televisivos americanos (Aramayo, 2018).

A ese presunto saber de objetos que se proponen sobrepasar la experiencia, les opone una crítica contundente, un análisis de la razón para instalar los mecanismos, la posibilidad y formas a priori del entendimiento mediante las cuales los objetos se constituyen y facilitan su aprehensión humana. La prolongación en los tiempos contemporáneos de ese espíritu kantiano destinado a refutar la Metafísica continuó en el siglo XIX, XX y todavía hoy, aparte de que el tema de las categorías fue retomado por el psicólogo del siglo pasado, Jean Piaget, en la epistemología genética sustentándose en la Biología.

Conclusión

La duda fue una de las actitudes fundamentales de la Edad Moderna y dio pie a que diversos pensadores se dieran a la tarea de examinar las bases epistemológicas que sustentaron los siglos anteriores de la Edad Media, aun cuando partieron de algunos de sus desarrollos y no pudieron librarse por completo de la metafísica. Es que, fueron tantos siglos en los cuales la Iglesia dominaba la cultura y los temas teológicos, que difícilmente los nuevos pensadores se podían deslastrar por completo de la metafísica tradicional, con sus creencias sobre la inmortalidad del alma, heredada de Pitágoras, las ideas de Aristóteles y su metafísica de la sustancia, su Lógica basada en las demostraciones silogísticas, o los trucos retóricos y falacias destinadas a engañar al adversario, e incluso el uso de la Inquisición para obligar a los herejes o eliminarlos.

El derrumbe de todo ello, la Reforma, el avance de la ciencias por pare de

Newton, Copérnico, Galileo, Kepler, pusieron en jaque todos esos lastres metafísicos, de los cuales muchos no pudieron librarse, y otros como Kant le dejaron una salida de consuelo.

Éste no duda de que nuestro conocimiento se derive de la experiencia, pues cree que todo conocimiento empieza con ella, aunque no todo proceda de allí, como creían los empiristas radicales. La idea fue entender cómo es que el pensamiento puede convertir ese tropel de fenómenos sensoriales en algo ordenado o estructurado de manera que se conforma una ciencia. Porque a decir verdad, un animal podría ver lo mismo que una persona, pero nunca formará o conformará algo sistemático que pueda llamarse ciencia. Más bien, considera Kant que una parte del conocimiento procede de las impresiones, tal como dicen los empiristas, pero otra parte tiene que ser puesta por nuestra propia facultad de conocer, que tiene que estar dotada de algunas formas del entendimiento, o moldes a priori.

Del mismo modo en que, metafóricamente, una pantalla de cine puede proyectar cosas, escenas, y darnos un espectáculo de tal modo que el fuego no nos quema, el agua no nos ahoga, y las explosiones no nos matan. De modo que habrá algo de positivo en que la forma a priori del *tiempo y el espacio*, que son las categorías principales (según Kant) nos sirvan para ver cuándo empieza y termina algo, sin que uno mismo se acabe también. O vea el principio y fin de la segunda guerra mundial en una superproducción, sin que nos alcance ni una sola bala de las que disparan los soldados de ambos bandos.

Ese es el gran descubrimiento de Kant: no es necesario que el Yo cartesiano se quede solo y vacío, puesto que está dotado de *categorías a priori* que le garantizan el conocimiento del mundo exterior, sin necesidad de postular a Dios. No sería entonces, pienso luego existo, sino tengo categorías, por lo tanto pienso en lo que quiera, incluso en seres metafísicos, aunque su realidad es solo verbal o mental. Sabemos también que todas las personas tienen creencias que conforman la base de sus vidas: unas son más racionales que otras, pero son ellas las que ponen a cada quien ante lo que se conoce como realidad. Son ellas las que nos hacen vivir, movernos y ser, aunque no se tenga conciencia expresa de ellas, pues tienen parte consciente e inconsciente.

Eso es la cultura. La vida intelectual es, en verdad, secundaria, útil y necesaria para sostener a la sociedad y la civilización, pero no es cierto que sea la panacea para llegar a obtener la felicidad humana. En verdad, la gente no cree en la Ciencia, ni vale

la pena hacerlo, decía Gasset. Con llegar a emplearla en bien de los demás, es suficiente. Pero sería grotesco emplear la razón, o la pura lógica formal para demostrar los objetos metafísicos, lo cual ha generado el justo reproche que se hace a este tipo de desarrollos. Ya la historia nos ha dejado el pensamiento de filósofos que bien supieron oponerse a la metafísica, tales como Nietzsche, Bertrand Russell, en el siglo pasado, Carl Sagan, Onfray, Dawking, Hitchens, Sam Harris, Pepe Rodríguez, entre muchos otros.

Nietzsche, por ejemplo, fue uno de los críticos más radicales de la metafísica occidental, a la que calificó como una ficción surgida del abuso del lenguaje. El lenguaje es un poderoso mecanismo de invención y a través de él es posible crear mundos ilusorios para evadirse del mundo de los sentidos, mediante conceptos muy abstractos como el de Dios, permanencia, inmortalidad, unidad, identidad, ser, entre otros. Entonces, el poder performativo del lenguaje llega a generar confusiones y polémicas que no terminan en nada constructivo.

De hecho, se sabe ya que el lenguaje no es una representación fiel y exacta de la realidad. Las palabras en su mayoría son solo metáforas de las cosas reales. Monedas falsas, de las cuales hace tiempo que no lo sabemos, remataba Nietzsche. Lo único que ha producido la Metafísica en los hombres es rechazo de los que piensan distinto, pasión, error, y engaño de sí mismo. Su hermenéutica es un mal método de conocimiento, de la cual por lo común no se puede sacar nada que sea encomiable, salvo hacer depender la felicidad, la salud y la vida de los hilos de araña de semejante posibilidad.

Por último, digamos que nuestra época no está totalmente desligada de la Metafísica, aun con la larga historia de los positivismo, los adelantos científicos, y la Internet. Pero ya es inevitable que nuestra cultura esté marcada por una mentalidad menos dogmática que la de los medievales. Ahora los encargados de descifrar el ser último de la realidad y el hombre no son los filósofos sino los científicos, que aplican modelos que les permitan saber si es posible captar en la materia la omnipresencia de Dios. Los físicos cuánticos, los químicos y biólogos, también han aportado parte de su saber a develar las ilusiones metafísicas.

Todo ello fue promovido por la situación que vivió la etapa llamada modernidad, cuando desde la propia Filosofía se sospechó de los contenidos ontológicos y ahora se concentra en el uso y abuso del lenguaje, a fin de evitar volver a las arbitrariedades y errores de la Metafísica tradicional. No obstante, para muchos filósofos, el

escepticismo fue promovido por la reflexión razonada, por lo que si hay que salir de allí para aceptar que la reflexión sobre la ultimidad del hombre es legítima, eso tiene que hacerlo la misma razón.

La solución no es la vía irracional que promovieron los posmodernos. De hecho, el hombre contemporáneo se ve enfrentado con importantes sucesos que amenazan la vida, tales como las guerras mundiales, los misiles de largo alcance, las pandemias como el actual Covid-19 y sus mutantes; el tema de la pobreza en amplias zonas del mundo, los estados depresivos de millones de personas en las grandes urbes de los países desarrollados, las debacles económicas cada tanto tiempo, que deja a cientos de individuos sin trabajo, contaminación, entre otros. Estos problemas hablan de modo elocuente sobre los deficientes resultados del programa positivista de querer vivir sin reflexión filosófica sobre el hombre y su mundo.

Por ello, pensadores tan notables como Heidegger, Hartmann, Husserl, Sartre, entre otros, aun representando diversas corrientes de pensamiento, han presentado renovados enfoques ontológicos, aunque manteniendo aspectos comunes en los cuales muestran el rechazo a la metafísica tradicional, el mundo de las esencias transmundanas, lo universal abstracto, para retornar a lo concreto y singular, al hombre de carne y hueso, el sujeto de la calle, que trabaja, sufre o se alegra. Actualmente se procura enfocar la existencia desde el análisis fenomenológico. De alguna manera, todo ha desembocado en que la reflexión de este momento es de alguna manera existencialista.

Se acepta secularmente (aunque sea a regañadientes) que lo real y lo cognoscible se circunscriben al ámbito de lo humano en lugar de al teológico o transfísico. Probablemente haya un ser trascendente en el que la gente (por su misma constitución cerebral) necesita creer para no caer en la desesperación, o porque la finitud humana así lo demanda, pero ello no es posible saberlo trascendiendo lo humano.

De manera que la ontología no es sino análisis existencial. Lo que quede más allá de todo eso, podrá creerse entre la gente humilde o de cualquier condición social, vislumbrarse de manera mística, convertirse en interrogantes, buscarse con anhelo o incluso hallarse de modo ilusorio mediante verbalismos, logicismos, o incluso drogas psicodélicas, pero jamás por vía racional, y mucho menos científicamente. Claro que abundan los hermeneutas de lo teológico, pero es saludable comenzar a desconfiar.

Referencias Bibliográficas

- Aramayo, R. (2018). *Entre la política y la moral*. Alianza. Madrid
- Deleuze, G. (1997). *La Filosofía crítica de Kant*. Cátedra. Madrid, 1997
- Filosofía & Co (2019). *10 claves para entender la filosofía de Immanuel Kant*. Filosofía & co. Consultado el 24 de agosto de octubre de 2021.
- Heine H. (1964). *Contribución a la historia de la religión y de la filosofía en Alemania*. Vergara. Barcelona.
- Jankowiak, T. (2021). *Immanuel Kant*. Internet. Encyclopedia of Philosophy. Consultado el 30 de mayo de 2021.
- Jhonnson, R., Cureton, R., y Zalta, E. (2021). Kant's Moral Philosophy. The Stanford Encyclopedia of Philosophy. Spring. Consultado el 25 de agosto de 2021.
- Kant, I. (1788). *Crítica de la razón práctica*. Alianza. Madrid.
- Kant, I. (1784/2000). *¿Qué es la Ilustración?* Foro de Educación, nro. 11. Fondo de Cultura Económica. México.
- Kant, I. (1787/1978). *Crítica de la razón pura*. Trad. de P. Ribas. Alfaguara. Madrid. Introducción, I (Distinción entre el conocimiento puro y el empírico).
- Kant, I. (1971). *Prolegómenos a toda metafísica futura que pueda presentarse como ciencia*. Trad. De J. Besteiro. Aguilar. Buenos Aires.
- Kant, I. (1977). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, trad. de M. García Morente, México, Porrúa.
- Rohlf, M. (2020). *Immanuel Kant*. The Stanford Encyclopedia of Philosophy. Consultado el 1 de marzo de 2021.